

Recuperación de la memoria histórica: actitudes de la población salvadoreña¹

Patricia L. Montalvo H.²
Universidad Centroamericana
“José Simeón Cañas” (UCA)
El Salvador
pp. 685-700

“La concientización lleva a las personas a recuperar su memoria histórica, a asumir lo más auténtico de su pasado, a depurar lo más genuino de su presente y a proyectar todo ello en un proyecto personal y nacional”.

Ignacio Martín-Baró, 1985.

Palabras clave:

El Salvador, investigación, guerra civil, violencia, socialización, psicología social, discursos, memoria histórica.

Resumen

Se presentan los hallazgos de una investigación realizada con población salvadoreña, cuyo propósito fue determinar sus actitudes acerca de la recuperación de la memoria histórica del período de la guerra civil, el cual finalizó en 1992 con la firma de los acuerdos de paz. Las dos variables consideradas en el estudio, que determinan estas actitudes, son el nivel de exposición de las personas al conflicto armado y la etapa de socialización, en la cual se encontraban al finalizar este. Los resultados apuntan al grado de intencionalidad con el cual la población desea recordar ese período de guerra (memoria histórica-colectiva) y el contenido específico de esa memoria (eventos políticos de ese período).

1. Artículo que sintetiza los principales resultados de la tesis para optar al grado de Magister en psicología social-comunitaria, en la Escuela de Psicología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en el año 2004.
2. Profesora de psicología comunitaria de la UCA. Dirección electrónica: montalvop@buho.uca.edu.sv

1. Introducción

Un conflicto armado de doce años y de elevados niveles de violencia deja huellas en la psique individual y colectiva. Empíricamente, es imposible demostrar que el salvadoreño o la salvadoreña ha olvidado una experiencia de esta naturaleza. No se trata solo de quienes, a causa de su ideología o creencias personales, fueron víctimas en esa guerra. Se trata también del adolescente o del joven de entonces que, hoy día, está en la adultez y cuyo reto es superar las problemáticas actuales de violencia y pobreza, en un país con recursos limitados. Son ciudadanos y ciudadanas que tienen, además, el desafío de construir una cultura política democrática que, idealmente, proteja a las siguientes generaciones de la repetición de los graves sucesos de una guerra civil. Nunca será posible dimensionar toda la magnitud de los efectos de una guerra en el ser humano, pero acceder a su memoria nos permite asomarnos a la construcción social política, y quizás emocional, de quienes sobrevivieron al período. Sin embargo, este intento presenta algunos problemas. Asumiendo que toda la sociedad salvadoreña fue afectada por el conflicto armado³, no se puede afirmar que sus efectos fueron iguales para todos los individuos o grupos (Martín-Baró, 1988). Entre la multiplicidad de variables que ejercieron un efecto diferencial, hay dos que parecen ser muy relevantes: el nivel de exposición al conflicto y el desarrollo y la socialización de las personas, durante este período crítico.

En la actualidad, algunos científicos de las ciencias sociales proponen la recuperación de la memoria histórica salvadoreña como praxis de liberación (Gaborit, 2002). Sin embargo, el interés del tema es incipiente y no se ha ahondado en las dos interrogantes históricas que plantea este nuevo panorama de más de una década, después de finalizada la guerra: *qué tanto quiere* la sociedad salvadoreña olvidar y recordar y, específicamente, *qué quiere* olvidar y *qué quiere* recordar.

Debido a las ventajas que ofrecía una investigación de índole cuantitativa, dado el tiempo para realizar la investigación, optamos por captar uno de los aspectos más importantes de esta cuestión, en términos cuantitativos. Así, pues, elaboramos un cuestionario para recoger con modestia parte de lo que estas personas han almacenado durante años. Se trataba de registrar la vivencia de quienes contestaron con paciencia el cuestionario. Se trata de una memoria con un significado para cada persona, aunque quizás no con significado estadístico, pero fundamental para cada una de las personas que vivió la guerra. En concreto, la pregunta que guió esta investigación, de la cual solo se señalarán algunos de los resultados más importantes, fue cómo afectaron las actitudes políticas de la población salvadoreña la recuperación de su memoria histórica, el nivel de exposición al conflicto armado y la etapa del desarrollo en que se encontraban durante la guerra civil.

2. La socialización política

La socialización política, en sentido amplio, se refiere a la manera como la sociedad transmite la cultura política de una generación a otra. Martín-Baró (1986) define la socialización política como “la formación individual de una realidad y de una identidad personal, en cuanto son o no congruentes con determinado sistema político” (p. 12). La especificidad de la socialización política es la relación entre la realidad y la identidad personal con un determinado sistema político. Investigaciones recientes sostienen que la socialización política, si bien empieza en la edad temprana de la niñez, alcanza su consolidación en la pre-adultez y está relacionada con la vivencia de algunos eventos sociales y políticos, propios del contexto del individuo.

No obstante que el impacto de la guerra sobre la niñez salvadoreña de esa década no ha sido abordado de manera sistemática, existe la opinión de que esta limitó severamente

3. Los términos conflicto armado, guerra y guerra civil serán usados de forma indistinta, a lo largo del texto, por razones prácticas, puesto que en las ciencias sociales y política tienen significados distintos.

el desarrollo psicosocial de la pre-ciudadanía⁴ de las personas, y que en los años subsiguientes a la finalización del conflicto armado habría serias dificultades para establecer y consolidar procesos y estructuras democráticas (Gaborit, 2003, y Gaborit, en prensa). Es imprescindible establecer la conexión entre la vida política de la sociedad y la socialización de las personas, dejando claro que se trata de un proceso de múltiples variables y que el impacto de estas puede perdurar, o ser transmitido, por períodos largos. Es un proceso complejo, que acontece en el seno de la historia individual y nacional.

El alcance de la socialización es tal que quienes no vivieron los acontecimientos políticos violentos los conocen o adoptan una actitud frente a ellos por la transmisión de la información, a través de su socialización política temprana. Un estudio con niños chilenos de la ciudad de Santiago de Chile, que evaluó aspectos cognitivos y afectivos sobre lo ocurrido el 11 de septiembre de 1973, concluyó que la memoria colectiva cultivada, en las interacciones familiares y a través de los medios de comunicación, favorecía la representación del golpe de Estado como un hecho traumático, pese a que ninguno de ellos había tenido una experiencia directa del acontecimiento (Manzi, Haye y Castillo, 1998).

3. Los antecedentes empíricos

Algunos estudios han abordado temáticas puntuales del conflicto armado salvadoreño; sin embargo, hay uno especialmente útil para nuestro trabajo. Orellana, Sánchez y Santacruz (1999), a través de una encuesta sobre el proceso de paz salvadoreño, analizaron el discurso oficial⁵ y la reparación social⁶. Los resultados obtenidos demostraron que el 81 por ciento de los entrevistados opinó que era mejor olvidar lo sucedido durante la guerra,

para vivir en paz. Pese a ello, el 64.3 por ciento afirmó la importancia de recordar a las víctimas del conflicto, con lo cual enfatizaron la idea del recuerdo. Ambos hechos, muestran una contraposición peculiar de ideas. La literatura especializada la explica como disonancia cognoscitiva, es decir, a mayor impacto causado por la guerra, habría menos disposición para considerar la reparación y viceversa. “Lo que ocurre es que la negación y la evasión del enfrentamiento con el pasado, producto del impacto de la guerra, es lo que interviene en el proceso de recordar. Se produce una ruptura entre el potencial del razonamiento y la negación del dolor del pasado” (p. 84).

El estudio citado establece, además, una hipótesis para conocer en qué medida varía el impacto que pudieron tener las ideas promovidas por el discurso oficial en las personas, según el territorio donde vivieron durante el conflicto. Se esperaba que el impacto del discurso oficial fuera distinto, en función de la zona donde la persona entrevistada vivió el conflicto, ya fuera esta controlada por el ejército o por el FMLN. En la zona controlada por este último, tuvieron lugar los combates más cruentos y sostenidos, donde, por lo tanto, la población experimentó de forma más directa la muerte violenta, el temor y la separación propia de la guerra. Podía suponerse que estos sectores serían los que menos quisieran saber sobre la guerra y que buscaran dejar atrás ese período. La hipótesis se cumplió. Entre esta población se hallaron más coincidencias con el discurso oficial.

En síntesis, se encontraron tres factores de gran importancia para evaluar la concordancia entre el discurso oficial y el proceso de reparación social: la escolaridad, el lugar donde se vivió la guerra y las pérdidas humanas. El primer factor alude al hecho que a mayor escolaridad, mayor el conocimiento

4. Según Gaborit (1998) la pre-ciudadanía contiene las representaciones mentales de los niños, sus actitudes y sus valoraciones afectivas respecto al sistema político y su sustentación.
5. Versión de los hechos que debe ser considerada como fidedigna, justificadora de acciones y que excluye cualquier mensaje que la contradiga (Orellana *et al.*, 1999).
6. Un proceso de reparación que requiere la atención individual a las víctimas y a sus familiares, ayudándoles a enfrentar y a elaborar el pasado (Orellana, *et al.*, 1999).

sobre los acuerdos de paz. Este hecho estaba asociado a un juicio más crítico de la reparación social y del discurso oficial. El segundo factor y el tercero aluden a la situación histórica de cada persona y a aquello que determinó el impacto, es decir, las oportunidades y las carencias en el contexto de la guerra, las cuales determinan la lectura actual de los aspectos relacionados con ella. Por último, es pertinente subrayar que los autores de la investigación escogieron un rango de edad particular, el período de la adolescencia, al cual denominan *generación*, es decir, niños y niñas que, en el apogeo de la guerra (1985), ingresaron a la adolescencia o se encontraban en pleno tránsito por ella. El supuesto subyacente en el concepto de *generación* es que estos adolescentes, por la combinación de estos dos factores, la socialización y el contexto, comparten valores, comportamientos, carencias, conflictos, traumas, etc. El resultado es una “generación” de la guerra. Una generación que nació y creció en un determinado período histórico, con una configuración política, sensibilidad y conflictos particulares (Orellana, Sánchez y Santacruz, 1999). Este supuesto también subyace en el desarrollo del estudio que da origen a este artículo.

Otra investigación relacionada con este tema, mide las actitudes de los familiares de las personas desaparecidas durante la guerra (Gregori, 2003). El estudio reveló una tendencia desfavorable hacia el cumplimiento de los acuerdos de paz. Algunos de los pocos aspectos evaluados positivamente fueron el cese del fuego, la creación de una institución para proteger los derechos humanos y la participación política del FMLN. En general, este grupo de familiares cree que sus condiciones de vida no mejoraron. La autora descubrió

que el grupo aún sufre los efectos de la guerra y, en consecuencia, muestra sentimientos de desilusión, de frustración y de tristeza y la sensación de haber sido engañado. No cree que la paz haya sido alcanzada y no lo sería mientras no se validara su experiencia como víctimas de la represión política y no se les impartiera justicia.

Los resultados anteriores son similares a los de otros países, que también han experimentado regímenes militares. Una investigación cualitativa, basada en el análisis del significado de la reconciliación en diversos grupos sociales, realizada por Bustamante (2002), recogió el sentido del discurso de la agrupación de familiares de detenidos y des-

parecidos. Como grupo social, su constante petición es saber dónde están los cuerpos de sus familiares y castigar a los culpables, su lema es “justicia y verdad”. Para ellos “es fundamental la memoria para resolver los temas del pasado y desde ahí poder avanzar hacia un futuro democrático” (p. 70). El Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos (ILAS) realizó, en 1996, un estudio exploratorio y des-

criptivo, el cual llevó a cabo la caracterización psicológica, social y médica de un grupo de pacientes traumatizados, víctimas de la represión política. El trabajo concluyó que las secuelas de la represión poseen un carácter crónico y severo, que abarca distintas áreas de la vida de las personas, que afecta no solo a este grupo, sino que también afecta a las siguientes generaciones (Castillo, Del Río, Castañeda y Lefevre, 1996). Investigadores chilenos, sobre todo psicólogos clínicos, han documentado y analizado el tema desde los desafíos de la reparación social, en el contexto de la fase posterior a la dictadura, sobre todo durante la última década (Becker y

El politólogo chileno Lechner (2002) señala que la memoria no se refiere tanto a la cronología de los hechos, fijos en el pasado, como a su significado para el presente y a su carácter intersubjetivo, elaborado en comunicación con otros en un determinado entorno social. [...] La verdad de la memoria no radica tanto en la exactitud de los hechos, como en su relato y su interpretación.

Castillo, 1990; Becker, Castillo, Gómez, y Salamovich, 1987; Lira, 1996; Lira y Castillo, 1993).

4. Los efectos diferenciales en la población

Trece años después de la finalización del conflicto armado, en un nuevo orden social y con otros problemas nacionales, como la delincuencia y la falta de trabajo, las generaciones más jóvenes de salvadoreños cuestionan “por qué” ese período debe ser recordado en las aulas universitarias, y, por otro lado, grupos políticamente organizados y las organizaciones civiles manifiestan su clara intención para hacer que el recuerdo de los acontecimientos que los afectaron permanezca vigente en la actualidad. Consecuente con esta idea, cabe suponer que esta catástrofe social afectó, de manera diferencial, la forma de pensar de los ciudadanos salvadoreños, cualquiera sea la etapa de su vida en la cual se encontraban en ese momento. Es posible que las personas que vivieron durante la década del conflicto armado guardan recuerdos de él y posean actitudes frente a algunos de los hechos ocurridos, en ese entonces. Sin embargo, no es posible afirmar que todos los que vivieron aquella época comparten los mismos recuerdos o las mismas actitudes, ello no solo por las diferencias individuales de ubicación y recursos que los protegían, en menor o mayor grado, sino por la etapa evolutiva y el tipo de socialización, dado su nivel de exposición al conflicto.

Martín-Baró (1988), haciendo un análisis de la salud mental y del deterioro colectivo de las relaciones sociales durante el conflicto, señaló que “Sin duda, las consecuencias del conflicto bélico no han sido hasta ahora las mismas para los habitantes de departamentos como Chalatenango y Morazán, que para los habitantes de Ahuachapán o Sonsonate. En unos casos, es difícil encontrar una persona que no haya sido directamente afectada por el accionar bélico, mientras que en otros, las poblaciones se han visto relativamente libres de combates” (p. 509). Esto, como se verá

mas adelante, incide en la elección de las regiones incluidas en este estudio. Aunque no se conocen datos precisos sobre la cantidad de operativos militares de las fuerzas en contienda, se sabe que, durante el conflicto armado, Chalatenango fue una zona de extrema conflictividad y de acceso muy restringido por el control ejercido por la guerrilla. En este departamento tuvieron lugar los operativos más violentos del ejército salvadoreño, lo cual obligó a una cantidad importante de personas a emigrar a otras zonas del país. No pocos o que fueron desplazados y buscaron refugio en los países vecinos. En el lado opuesto, Ahuachapán, departamento fronterizo con Guatemala, fue un departamento donde sus habitantes no parecen haber alterado de forma drástica el curso de la vida diaria. Este fenómeno podría ser explicado por otras variables, las cuales no forman parte de este estudio. En una situación intermedia se encuentra San Salvador, donde se encuentra la ciudad capital, la cual fue escenario de acciones armadas, sobre todo de las llamadas las ofensivas guerrilleras y del despliegue del ejército. Hubo períodos de violencia, seguidos por períodos de relativa tranquilidad. En cierto modo, la vida cotidiana de la ciudad continuó su curso, pero adaptada a una situación de conflicto normalizado por sus habitantes.

El politólogo chileno Lechner (2002) señala que la memoria no se refiere tanto a la cronología de los hechos fijos en el pasado, como a su significado para el presente y a su carácter intersubjetivo, elaborado en comunicación con otros en un determinado entorno social. En consecuencia, la memoria solo existe en plural. La verdad de la memoria no radica tanto en la exactitud de los hechos como en su relato y su interpretación. Por otra parte, memoria y olvido son construcciones sociales, elaboradas y reformuladas continuamente a la luz del presente. De esta manera, el contexto sociopolítico determina las formas cómo las memorias colectivas revisan el pasado. Además, la lucha de diferentes identidades colectivas remite a la existencia y a la lucha por reconocer la propia memoria colectiva (Lechner, 2002).

Existen varios modelos para abordar la construcción de la memoria colectiva. Los procesos psíquicos comprenden la elevada complejidad de la interrelación con el contexto y la historia, así como las funciones psíquicas de la memoria colectiva. Aunque todo ello referido a procesos de carácter más individual que social. Es difícil dar el salto a los procesos macrosociales de la memoria, desde el estado actual de la investigación y desde una perspectiva individual. La cuestión consiste en cómo trascender desde lo individual a lo social y cómo crear una memoria intrínsecamente subjetiva, emocional y política, desde la sociedad donde vive el individuo. El segundo desafío es cómo construir una memoria colectiva que incluya a todas las partes y a todos los sectores de la nación. Por otro lado, mucho se habla de la memoria de las víctimas, pero muy difícilmente se asume que, en algún momento, estas también han asumido el papel de victimarios. He aquí el sentido más difícil de la palabra reconciliación.

5. El proceso de la investigación

En los meses de enero y febrero de 2004, se entrevistaron 270 personas, entre los 30 y 94 años de edad, de Ahuachapán (90), San Salvador (90) y Chalatenango (90). En total, 118 mujeres (43.7 por ciento) y 152 hombres (56.3 por ciento). Dadas las características de la investigación, se establecieron algunos requisitos de inclusión de los participantes, quienes debían tener al menos seis grados de escolaridad, indispensable para la comprensión adecuada del cuestionario utilizado; no haber residido fuera del país durante más de tres meses, en los años del conflicto armado y la firma de los acuerdos de paz, es decir, la década de 1980-1992; haber residido los últimos veinte años en la zona donde se encontraba y participar, de forma voluntaria, en la investigación. La población se distribuyó en tres grupos de edad en cada región: de 30 a 39 años, de 40 a 54, y de más de 55.

Los objetivos primordiales de la investigación fueron obtener el contenido de la me-

moría histórica de estas personas y conocer las actitudes favorables o no a su recuperación. Para rescatar las actitudes, se contaba con un cuestionario tipo likert, diseñado únicamente para ser utilizado en la investigación, el cual fue sometido a una prueba piloto. Se introdujeron modificaciones en la redacción de algunos ítem y en algunas indicaciones, que podrían prestarse a confusión.

En cada región, se recogieron datos en cuatro municipios, gobernados por un partido político diferente con el fin de controlar una variable como la ideología. La recolección de datos fue posible por la colaboración de las principales instituciones educativas del municipio —universidades, colegios o institutos nacionales— y entidades locales, como las casas de la cultura, las asociaciones de vecinos y los centros de trabajo municipal. En cada lugar, se eligió un espacio adecuado para que las personas contestaran el cuestionario sin interrupción. Asimismo, a cada entidad se le proporcionó una explicación detallada del objetivo de la investigación, dejando claro sus fines exclusivamente académicos y no partidarios, lo cual es especialmente relevante debido a las elecciones presidenciales inminentes del 2004.

Se verificó el cumplimiento de los supuestos para aplicar las pruebas estadísticas. Así, con las hipótesis planteadas, se hicieron contrastes con *múltiples análisis de varianza* y se determinó un nivel de confiabilidad alto para los ítem que medían la variable en cuestión⁷.

Las variables independientes fueron la exposición al conflicto armado, durante la década de 1980 a 1992, y el grupo de edad. Así, se establecen tres niveles de exposición: región alta, en Chalatenango; región intermedia, en San Salvador, y región baja, en Ahuachapán. Por otro lado, se establecieron tres grupos de edad: de 30 a 39, de 40 a 54 y de 55 en adelante. Los rangos fueron calculados de tal manera que, en 1989, los participantes de menor edad (30-39) tuvieran entre quince y dieciocho años, porque se asumió que el período de socialización política ocurre a esta edad.

7. Alfa de Cronbach de 0.66.

6. El contenido de la memoria salvadoreña

El contenido de la memoria histórica fue recogido a través de dos preguntas —mención de tres eventos políticos en orden de importancia de los últimos treinta y describir con una palabra el significado de la década 1980-1992—. El propósito era captar tanto los eventos específicos, que han quedado fijados en la memoria, como la orientación afectiva

o cognitiva asociada a ellos. El análisis incluyó la revisión de cada respuesta y su codificación, según el criterio de similitud semántica y contenido. De esta forma, se identificaron los principales eventos recordados por las personas entrevistadas. Los resultados de las dieciocho categorías de eventos políticos, distribuidas por región y edad, fueron similares. Todos señalaron los mismos eventos políticos, en el mismo orden jerárquico (cuadros 1 y 2).

Cuadro 1
Primer evento político recordado, según grupo etéreo
(En porcentajes)

Evento político	Grupo 30-39	Grupo 40-54	Grupo >55	Subtotal
Acuerdos de paz	51.1	37.8	34.4	41.1
Guerra	7.8	21.1	22.2	17.0
Golpe de Estado a Romero	10.0	16.7	3.3	10.0
Elecciones Duarte	4.4	2.2	6.7	4.4
Muerte Mons. Romero	0	2.2	4.4	2.2
Elecciones Cristiani	1.1	1.1	3.3	1.9
Muerte de jesuitas	0	1.1	0	0.4
FMLN en política	4.4	1.1	4.4	3.3
Guerra con Honduras	2.2	2.2	1.1	1.9
Ofensivas guerrilleras	0	1.1	2.2	1.1
TLC con Estados Unidos	1.1	0	0	4.0
Junta revolucionaria de gobierno	1.1	0	3.3	1.5
Reforma agraria	1.1	1.1	1.1	1.1
Elecciones diputados 2003	2.2	1.1	0	1.1
Elecciones alcaldes y presidente	3.3	5.6	5.6	4.8
Elección presidencial 1994	2.2	0	2.2	1.5
Elección presidencial 2004	5.6	1.1	1.1	2.6
Otros	2.2	4.4	4.4	3.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0

El conflicto armado es un recuerdo claro para quienes participaron en la investigación y alrededor de él giran los otros recuerdos. Al recordar la guerra, también recuerdan los acuerdos de paz. La mención de otros eventos políticos no hace más que corroborar que, más allá que recordar eventos aislados en el tiempo, las personas recuerdan un período dentro del cual sucedieron hechos particulares. Este período es parte de la memoria colectiva, porque reúne las características señaladas por Rosa (2001), es decir, produjo experiencias en gran parte de la sociedad, cuya emoción fue compartida grupalmente.

La jerarquía ayuda a entender cómo los hechos anteriores a la década del conflicto son nombrados para “armar” un mapa mental con sentido para quienes la experimentaron. Uno de los eventos políticos importantes es el golpe de Estado contra el presidente Romero, en octubre de 1979. Según Ribera (2003), “el golpe realizado por la Juventud Militar Democrática puso fin a casi cincuenta años de dictadura militar, por tanto, es una fecha importante en la historia contemporánea salvadoreña que sorprende haya sido condenada al olvido” (p. 673). Contrario a lo que sostiene este historiador, este suceso

no ha sido olvidado, como tampoco lo ha sido la instalación de la junta revolucionaria de gobierno de 1979, posterior a dicho golpe. En este contexto también se recuerdan hechos particulares como la muerte del arzobispo de San Salvador, Mons. Óscar Romero, en 1980, la elección del presidente José Napoleón Duarte (1984 y 1989) y la inserción del FMLN en la vida política del país, aunque esto último no está claro, ya que podría referirse al nacimiento del FMLN como fuerza

beligerante o como partido político, hechos acontecidos en dos momentos históricos distintos, al principio y al final del conflicto. Es curioso cómo las personas entrevistadas recuerdan el período del conflicto armado como un acontecimiento total, con una etapa precedente y los primeros años de la guerra, cuya fecha oficial sería, según Naciones Unidas, el 1 de enero de 1980, y su etapa final con la firma de los acuerdos de paz.

Cuadro 2
Primer evento político recordado, según región-niveles de exposición al conflicto
(En porcentajes)

Evento político	Chalatenango	San Salvador	Ahuachapán	Subtotal
	Nivel alto	Nivel intermedio	Nivel bajo	
Acuerdos de paz	40	47.8	35.6	41.1
Guerra	15.6	20.0	15.6	17.0
Golpe de Estado a Romero	6.7	10.0	13.3	10.0
Elecciones Duarte	5.6	4.4	3.3	4.4
Muerte Mons. Romero	4.4	2.2	0	2.2
Elecciones Cristiani	0	2.2	3.3	1.9
Muerte de jesuitas	0	0	1.1	0.4
FMLN en política	7.8	0	2.2	3.3
Guerra con Honduras	1.1	1.1	3.3	1.9
Ofensivas guerrilleras	1.1	1.1	1.1	1.1
TLC con Estados Unidos	0	0	1.1	0.4
Junta revolucionaria de gobierno	3.3	0	1.1	1.5
Reforma agraria	1.1	0	2.2	1.1
Elecciones diputados 2003	1.1	2.2	0	1.1
Elecciones alcaldes y presidente	1.1	1.1	10.0	4.8
Elección presidencial 1994	0	1.1	3.3	1.5
Elección presidencial 2004	3.3	2.2	2.2	2.6
Otros	5.6	4.4	1.1	3.7
No contestaron				
Total	100	100	100	100

El mismo análisis, a partir de la etapa del desarrollo en que se encontraban las personas durante el conflicto, muestra el mismo patrón de respuestas con porcentajes similares. Independientemente del lugar de residencial o la edad, la valoración de los eventos políticos más importantes es igual, al menos los primeros dos, aunque empiezan a establecerse

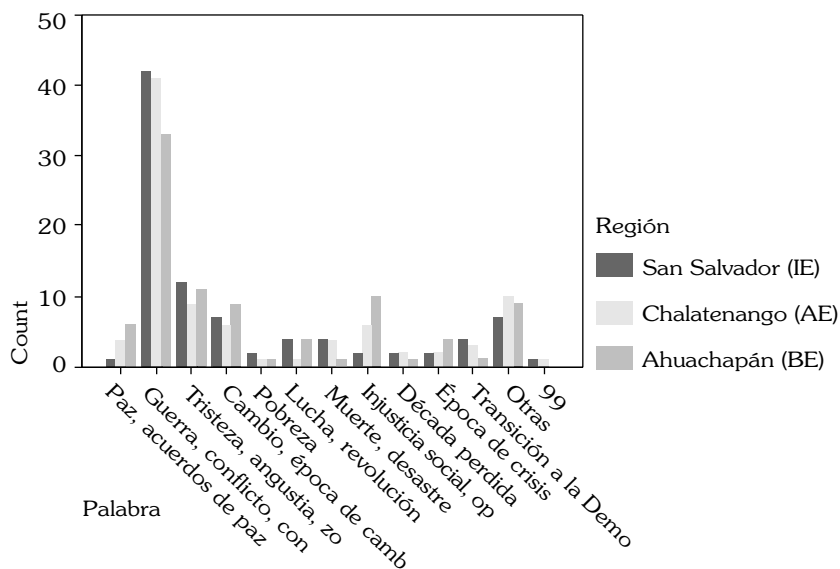
diferencias en los rangos de edad. Un examen exhaustivo de los datos probablemente arrojaría diferencias significativas entre los subgrupos. Sin embargo, estas dos preguntas pretendían facilitar el análisis cualitativo de dos preguntas abiertas. Es clara la aparición de acontecimientos específicos, pero concatenados en la historia individual y colectiva

del país y en el recuerdo de estas personas. Cuán significativamente distintos son los recuerdos entre los grupos, no parece tan relevante, en este momento, como saber qué hay en ese recuerdo. Cabe destacar que ninguna de las personas entrevistadas tuvo acceso a las respuestas de las otras. De aquí que las respuestas y el orden literal en que fueron escritas sea sorprendente.

Se intentó, por otra parte, capturar el significado del conflicto con la mención de una palabra. Tal como era de esperarse, en ella se hace presente el sentido subjetivo y emocional: los sentimientos de tristeza, zozobra, angustia, miedo, seguidos de las palabras

“cambio” e “injusticia social” (gráficas 1 y 2). En un intento para estructurar estos datos, se podría decir que la guerra es el eje del significado del período, que evoca sentimientos de dolor y angustia a quienes la vivieron. La guerra es procesada cognitivamente como un período de injusticia social y de cambio. Estos datos son congruentes con los hallazgos encontrados en laboratorio por los investigadores del área social. Estos han encontrado que los recuerdos de eventos, objetos o hechos tienen más probabilidad de ser recordados si son únicos, provocan reacciones emocionales, si son re-escuchados y asociados con cambios subsecuentes en conductas o creencias (Pennebaker y Banasik, 1997).

Gráfica 1
Porcentajes de la palabra asociada con la época del conflicto, por zonas de exposición al conflicto



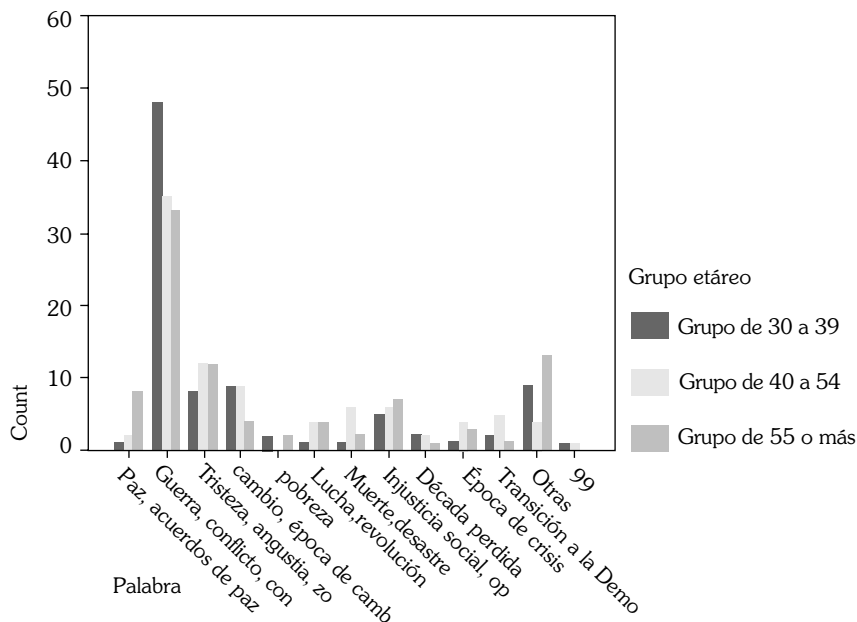
En resumen, las gráficas 1 y 2 muestran, en las tres regiones y en los tres grupos etáreos, que la mayor concentración de respuestas se encuentra en las palabras “guerra” y “tristeza” y las palabras asociadas a ellas. El resto presenta porcentajes parecidos entre las regiones, pero se encuentran diferencias en cuanto a las edades. En efecto, el grupo de

mayor edad tiende a responder con palabras asociadas a temas personales y familiares o no pertinentes a la década.

7. La voluntad de recordar

Algunos estudios pioneros de las dimensiones de la memoria social y colectiva son europeos, del período de entre la primera y

Gráfica 2
Porcentajes de la palabra asociada con la época del conflicto, por grupo de edad



la segunda guerra mundial. Las contribuciones más importantes provienen de autores como Lev Vygotsky (Werstsch, 1985), Frederic C. Bartlett (1932, 1995) y Maurice Halbwachs (1950, 1992), cuyos estudios de la memoria incluyeron modelos complejos. La importante contribución del sociólogo francés Maurice Halbwachs se centra en la tesis siguiente: “ninguna memoria es posible fuera de los marcos usados por las personas viviendo en sociedad, para determinar y recuperar sus recuerdos” (p. 43). En otras palabras, la memoria humana solo puede funcionar en un contexto social, es selectiva y conforma diferentes modos de memorias colectivas en los grupos.

Páez, Besabe y González (1997, citados en Mazzara y Leone, 2001) señalan que los contenidos de estos estudios pueden ser divididos en tres áreas: los usos sociales de las memorias colectivas, en orden de consolidar las identidades históricas y nacionales; la selección de eventos públicos, que amplían el acto de recordar y que enriquecen la vida cotidiana de la sociedad, y la comprensión

del proceso que niega o reprime las memorias colectivas de los acontecimientos sociales, por ejemplo, en los períodos de represión política o los sucesos traumáticos. Esta última perspectiva adopta una visión constructivista de la memoria. Ambas perspectivas señalan aspectos importantes de la teoría sobre la memoria, por lo tanto, prescindir de uno de ellos solo llevaría a la reducción de un fenómeno sumamente complejo. Por ejemplo, la función de la memoria en las relaciones intergrupales, como señalan Mazzara y Leone (p. 359), aun cuando existan diferentes versiones de los acontecimientos (visión constructivista) en la memoria, es importante examinar las razones por la cual aparece cada uno, pues hay que admitir que la cantidad de versiones no es infinita, al contrario, responde a una estructura básica (visión social cognitiva). La delimitación del término colectivo y social es un problema teórico. El término colectivo obedece a la memoria compartida por un grupo y puede referirse a contenidos sociales. Cuando los actos del recuerdo se refie-

ren al pasado histórico de la sociedad, reciben el nombre de memorias sociales. Aquí no se ahondará en las definiciones, ya que el interés es la memoria colectiva de carácter histórico, es decir, memoria referida a los registros del pasado, comprobable científicamente, y dedicados a la producción de recuerdos, su sistematización y su selección, a partir del acervo acumulado por el colectivo (Rosa, 2001).

Según Rosa (2001), dos son los modos como el pasado deja su huella: los cambios en la estructura física de los individuos vivos y los cambios físicos en los objetos y el paisaje, a consecuencia de la naturaleza y de la acción humana. La acción humana hace posible la cultura, al mismo tiempo que elabora registros del pasado, tales como poemas, rituales y monumentos, los cuales deben ser interpretados como formas para mantener la memoria. Esta es considerada comúnmente como una facultad que permite traer el pasado al presente, pues esa experiencia ya pasada es enriquecedora. A esta función elemental se suman otras dos. La memoria es condición imprescindible para adquirir conocimientos y dar significado a las experiencias vividas a través del tiempo, y hace posible la identidad al permitir imaginar un ser permanente, que trasciende la experiencia actual y que permanece como sujeto (u objeto) de la acción por medio de los cambios en el individuo, o en el grupo, a lo largo del transcurrir del tiempo.

Rosa analiza aquello que hace que un acontecimiento quede plasmado en la memoria colectiva. Algunos acontecimientos específicos, y no otros quedan en la memoria, cuando la experiencia es común a un sector social importante, el cual, además, ha podido compartir la emoción de forma colectiva. Quedan en la memoria acontecimientos extraordinarios, que suscitan emociones. El acontecimiento se vuelve más duradero si es repasado de forma activa y si se le asocian consecuencias posteriores como cambios, creencias o formas de conducta.

Pennebaker (1993) detectó que los actos conmemorativos y la construcción de monu-

mentos públicos tienden a producirse con regularidad significativa veinte o treinta años después del acontecimiento conmemorado. Esto se explica por la *hipótesis del período crítico*, según la cual los eventos públicos afectan más profundamente a los individuos cuando se producen hacia el final de la adolescencia y al principio de la juventud, un momento vital en el cual la identidad personal está en construcción; porque los protagonistas de los actos y monumentos conmemorativos tienen poder para ello, puesto que vivieron el acontecimiento, han madurado y tienen posibilidad para influenciar los asuntos públicos, y porque el dolor, provocado por esos acontecimientos, ha sido mitigado, lo cual permite enfrentarlos de otra forma. Esta triple explicación no es excluyente.

Aquí se entiende por “actitud de recuperación de la memoria histórica colectiva” los recuerdos de los acontecimientos políticos mencionados por todos los participantes y que están relacionados con la historia política salvadoreña de los últimos treinta años. Esto implica la intención de recordar el acontecimiento de los acuerdos de paz, celebrarlo de manera especial y el deber de transmitir la historia del conflicto armado a los niños. Se utilizó el análisis multivariado de varianza (MANOVA) de dos vías y un nivel de significación (α 0.05).

De esta manera, se encontró que “¿Se debe recordar el evento de la firma de los acuerdos de paz de una forma especial?”, no arrojó diferencias entre los grupos por edad, $-f(2,270) = 1,242, p < 0,290-$, ni por nivel de exposición $-f(2,270) = 0,020, p < 0,980-$, tampoco se encontró efecto de interacción respecto a esta dimensión $-f(4, 270) = 0,326, p < 0,861-$, pero todos los puntajes estaban arriba del nivel medio, es decir, prescindiendo de la edad o la exposición, las personas piensan que la firma de los acuerdos de paz debe ser recordada.

No hay tampoco diferencias significativas acerca de si “¿Se debe hablar y discutir sobre el conflicto armado?”, por edad $-f(2,270)$

= 0,593, $p < 0,554$ —, ni por nivel de exposición — $f(2, 270) = 3,024$, $p < 0,050$. No se encontró interacción — $f(4, 270) = 1,551$, $p < 0,188$. Al constatar los puntajes, la población entrevistada oscila en el nivel medio, es decir, es ambivalente sobre este punto. Sin embargo, se identificaron diferencias significativas en el nivel de exposición — $f(2, 270) = 5,27$, $p < 0,006$ —, en cuanto a si “¿Se les debe enseñar a los niños la historia del conflicto armado de El Salvador en todas las escuelas del territorio nacional?”. Según esto, el grupo de exposición alta tiende a estar menos convencido que los otros grupos, en cuanto a enseñar esta historia a los niños. Estos resultados que parecieran contradictorios tienen explicación.

Se supone que estos grupos de mayor edad y más expuestos son los que vivieron su infancia, su adolescencia y el principio de su juventud durante el conflicto. Se esperaba que estuviesen más inclinados a recuperar la memoria histórica, en particular, aquellos que estuvieron más expuestos. Sin embargo, resulta lo contrario, son los menos interesados en ello o, al menos, dudan más sobre esta cuestión. Este descubrimiento es coincidente con el encontrado por Orellana, Sánchez y Santacruz (1999), en la correlación entre el discurso oficial y la reparación social, de tal manera que las personas que recibieron el impacto directo de la violencia de la guerra estaban más de acuerdo con el discurso gubernamental que sostenía el perdón y el olvido. Según ellos, “la población salvadoreña en general, y las víctimas o sus familiares en particular, aún se encuentran entre la espada del ‘borrón y

cuenta nueva’ y la pared de un pasado doloroso de la que todavía se debate” (p. 77). Esta aparente contradicción, según los autores citados, se explica con la teoría de la disonancia cognoscitiva de Festinger (1957). Sin embargo, es problemático este afán por explicar la lógica del fenómeno, pues da por supuesto que existe una inconsecuencia entre las actitudes y el comportamiento de las personas, o entre dos o más actitudes. La

inconsecuencia es solo aparente, pues no existe un divorcio real entre el nivel de afectación, producto de la contemplación de la violencia, y lo que se piensa sobre el recuerdo. Al contrario, la persona asume la afectación de manera más o menos consciente y, por eso, desarrolla mecanismos que impiden el deterioro de su psique. Así, evita ciertos recuerdos y valora más aquello que la ayuda a mantener el equilibrio entre la experiencia traumática y la posibilidad de recordar lo menos doloroso.

Este fenómeno se explica mejor con la *hipótesis de la distancia*

psicológica de Pennebaker y Banasik (1997). Esta hipótesis sostiene que después de una experiencia traumática, los individuos tienden a distanciarse de ella. Cualquier recuerdo del trauma les puede producir ansiedad y estrés, cuando no se han tenido los recursos para afrontarlo. Este estrés puede ser exacerbado, cuando el acontecimiento es compartido por un grupo o por varios grupos y cuando permanece reflejado en los demás. El proceso de *estrés y coping* (Lazarus y Folkman, 1984) es útil para explicar, desde la perspectiva individual, esa distancia psicológica. Ante el trauma psicosocial, la gente

La memoria histórica colectiva tiene una función social y, por lo tanto, una proyección hacia el futuro. Conforme pasa el tiempo, van apareciendo monumentos, [...] se llevan a cabo ritos y ceremonias para enterrar a los muertos, y con ellos, los recuerdos dolorosos del pasado, [...] Cuando esto tiene lugar, conviene tener una reconstrucción de los hechos-memoria que permita incluir a todos los grupos. [...] La convencionalización de la memoria, o al menos su necesidad manifiesta, harán posible la identificación y la pertenencia con un carácter moral y reivindicativo.

empieza a desarrollar y a mantener entre sí una serie de mecanismos protectores. Esto explicaría por qué no surgen monumentos o se llevan a cabo ceremonias inmediatamente después del acontecimiento traumático. Esos ritos solo son posibles cuando el trauma es atenuado por el paso del tiempo, con la función sanadora de cierto grado de olvido. No puede obviarse que las personas menos expuestas son las que más a favor están para que en las escuelas se enseñe lo sucedido en aquellos años. Hipotéticamente, estas personas están menos distanciadas de los eventos traumáticos, por lo que el recuerdo no les afectaría tanto como al otro grupo.

Ahora bien, no es posible trasladar procesos individuales a procesos grupales o sociales de gran magnitud, como si la suma de los primeros desembocara en un proceso social. Sin duda, el tema de la memoria es un ejemplo de la necesidad de ir conformando un sistema de conocimientos que de cuenta de estos procesos. Este es uno de los desafíos de la psicología social y comunitaria. Según Norbert Lechner (2002), la manifestación de la memoria (o de las memorias) de estas personas tiene una función productiva, ante el orden social, ya que es fuente de legitimación o deslegitimación, ofrece un filtro para procesar futuros posibles, lo cual, en definitiva, coloca a la sociedad en una misma tarea: elaborar una memoria histórica y trazar unos horizontes de trabajo sobre ella. En ese sentido, la construcción de una sociedad inclusiva, que legitime la experiencia vital y la carga emocional de la temporalidad de sus ciudadanos, conlleva el esfuerzo para dar cabida a las diferentes memorias, intentando dar forma a una historia que articule la de la ciudadanía. Así, por ejemplo, no podría hablarse de la firma de los acuerdos de paz sin omitir el conflicto armado que los precedió y tampoco podría recordarse la alegría, al finalizar la guerra, sin referencia al dolor que sobrevino con ella. Tampoco se podrían erigir monumentos para los líderes de una pequeña parte de la sociedad, cuando esos hombres y esas mujeres dejaron una huella en la memoria de la mayor parte de la sociedad. Estos mo-

numentos serían la parte visible de la legitimación social.

8. Reflexiones finales

El hallazgo más importante fue un patrón en el cual el nivel de exposición no se calcula solo por la ubicación en una región, sino también por el tiempo de exposición de las personas, durante el conflicto. Las diferencias las marcan las personas mayores de 55 años, a quienes les tocó vivir en un medio rodeado de violencia, enfrentamientos y ofensivas militares de ambos bandos. Ellas guardan en su memoria los acontecimientos que desencadenaron la guerra, su desarrollo y su finalización. Eran personas adultas en la etapa histórica escogida y tenían criterio para evaluar los hechos presenciados. El descubrimiento no es menor, porque significa que si bien los más jóvenes no han olvidado, tampoco creen en las soluciones armadas para resolver los problemas sociales y están dispuestos a enseñar a sus hijos esta historia para que no se repita. El impacto de la guerra, en término de actitud, es fuerte en la generación de más edad, lo cual valida la teoría de los *años de impresión*, un modelo para el cual las actitudes son susceptibles en la adolescencia tardía y la adultez temprana, y tienden a persistir desde entonces. Mientras que aquellos que se encuentran en etapas posteriores son poco abiertos al cambio e interpretan los fenómenos con cierta direccionalidad (Alwyn, 1994; Jennings y Niemi, 1981; Sears, 1975, citados en Sears y Levy, 2003). No obstante, son el testimonio de lo acontecido y una de las manifestaciones vivas del intento por legitimar la memoria, necesaria para la construcción social y para la cultura política del país.

En los grupos de mayor edad y de la zona más expuesta al conflicto armado es clara la pauta siguiente. Pese a ser conscientes de la necesidad de hablar del período en cuestión y de celebrarlo, no quieren que se hable de él a los niños. Se estableció, además, que a medida que la edad disminuye, los grupos están menos interesados en recordar. Esto no invalida el efecto sobre la psique de las per-

sonas, que eran adolescentes durante la guerra y ahora conforman el grupo más joven de la investigación. No lo invalida porque, a través del estudio, sabemos también que las personas adultas jóvenes actuales, sobre todo de la zona de San Salvador, si bien no quieren recordar, tienen actitudes menos bélicas y más pacíficas⁸ que el resto de cohortes y, al parecer, han evaluado la guerra, a la luz de la historia, con una actitud más crítica. Esta clase de recuerdos y de experiencias de la niñez y la adolescencia les ayudan a saltar al presente y al futuro más convencidas de lo que no debe ser. Habría que estudiar cómo opera este patrón en los adolescentes actuales y, en concreto, si ha habido un cambio drástico en su forma de ver la historia. Nos aventuraríamos a pensar que hoy, estos adolescentes, hijos e hijas de la primera generación que sufrió la guerra, no manifiestan interés por recuperar y re-interpretar esos hechos, pese a que, generacionalmente y de forma no consciente, este “almacén de recuerdos” de sus padres y madres está presente en la cultura política actual.

Otro descubrimiento importante es la aparición de actitudes aparentemente ambivalentes, sobre el deseo de enseñar una historia de la vida personal y social de cierta parte de la población, sin querer recordarla. Aunque este efecto es poco evidente, en este estudio, por los análisis estadísticos realizados, hay otros que han dado cuenta del mismo hallazgo. Al abordar de manera más focal esta población, desde el trauma psicosocial y los mecanismos para afrontarlo, probablemente comprobaríamos la ya mencionada *hipótesis de la distancia psicológica* del acontecimiento traumático.

La memoria histórica colectiva tiene una función social y, por lo tanto, una proyección hacia el futuro. Conforme pasa el tiempo, van apareciendo monumentos, se escriben novelas y se filman películas, se llevan a cabo ritos y ceremonias para enterrar a los muertos, y, con ellos, los recuerdos dolorosos del pasado, tal como ha ocurrido en otras sociedades, por ejemplo, la española, la judía y

la chilena. Cuando esto tiene lugar, conviene tener una reconstrucción de los hechos-memoria, que permita incluir a todos los grupos. En esa reconstrucción deben encontrar cabida las narraciones de todas las partes, de las víctimas y de los victimarios. La convencionalización de la memoria, o al menos su necesidad manifiesta, hará posible la identificación y la pertenencia con un carácter moral y reivindicativo.

Cabe preguntarse si las naciones superan de la misma manera una guerra civil o cualquier atrocidad, así como las personas superan un recuerdo o un acontecimiento traumático (Wiseman Chirwa, 1997). La memoria tiene sus limitaciones. ¿Cuándo es realmente colectiva la memoria? ¿De quiénes es memoria? Existe el peligro de que la memoria de las víctimas prevalezca sobre los perpetradores o viceversa. Según Michael Ignatieff (1996, citado en Beristein, 2003), las personas que se consideran víctimas de la agresión son comprensiblemente incapaces de creer que también cometieron atrocidades. Los mitos de la inocencia y la victimización son obstáculos importantes a la hora de enfrentarse a hechos cuya admisión es desagradable. En el otro extremo, también existe el peligro de reconstruir una memoria distorsionada, incluso responsabilizando a las víctimas. Así, por ejemplo, la mayoría de la población alemana mayor de cuarenta años cree que los judíos fueron, en parte, responsables del Holocausto (Beristain, 2003).

La función que la sociedad salvadoreña asigne a esta memoria orientará, en parte, la construcción de su cultura política. Incluir la memoria de todos los grupos es condición indispensable para la verdadera reconciliación y la prevención de la violencia en los años venideros.

Por último, esta investigación tiene una limitación. Sus resultados no pueden ser extrapolados a toda la sociedad, pues solo son válidos para la muestra. Asimismo, cabe advertir un informe “científico libre de sesgos” es una tarea que coloca a cualquier disciplina

8. Las actitudes bélicas y pacifistas también se incluyeron en esta investigación, pero no en el artículo.

y a cualquier profesional de la psicología en graves problemas. Ya decía Martín Baró (1988) que hacer una ciencia aséptica no era posible. Esto es importante traerlo a cuenta aquí para, de alguna manera, rescatar las muchas ocasiones en que las personas entrevistadas, al terminar de llenar el cuestionario, experimentaron la necesidad de narrar su sentir no expresado y no escuchado durante tantos años. Las múltiples anécdotas, las desgarradoras historias de esos años y los agradecimientos por haber preguntado parte de esa historia quedarán, entonces, en la memoria de la autora. Enfrentarse a ellas es otra investigación.

Referencias bibliográficas

- Bartlett, F. C. (1932, 1995). *Remembering. A Study in Experimental and Social Psychology*. London: Cambridge University Press.
- Becker, D.; Castillo, M. I.; Gómez, E.; Salamovich, S. (1987). "Muerte y duelo". En FASIC (eds.). *Trauma, duelo y reparación*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- Becker, D.; Castillo, M. I. (1990). *Trauma y reparación después de la dictadura en Chile. Consideraciones clínicas y sociales*. Santiago de Chile: ILAS.
- Berstein, C. (2003). "El papel de la memoria colectiva en la reconstrucción de sociedades fracturadas por la violencia". Extraído el 11 noviembre de 2004 de http://www.pce.es/foroporlamemoria/documentos/fracturadas_violencia.htm
- Bustamante, P. (2002). *Análisis del significado de la reconciliación nacional en diversos grupos sociales en Chile*. Tesis para optar al título de psicólogo, Escuela de Psicología, Universidad Diego Portales, Santiago, Chile.
- Chirwa, W. (1997). "La memoria colectiva y el proceso de reconciliación y reconstrucción". [Versión Electrónica] *Development in practice*, Vol. 7, No. 4.
- Festinger, L. (1957). *A Theory of Cognitive Dissonance*. California: Stanford University Press.
- Gaborit, M. (2002). "Memoria histórica: relato desde las víctimas". *Estudios Centroamericanos*, 649-650, 1021-1032.
- Gaborit, M. (1998). "Psicología social de la niñez en El Salvador: condicionantes en la construcción de la precidadanía". *Estudios Centroamericanos*, 595-596, 53.
- Gregori, R. (2003). "Actitudes de familiares de personas desaparecidas durante la guerra civil aglutinadas en CODEFAM respecto al cumplimiento de los acuerdos de paz". Trabajo de graduación para optar al grado de licenciatura en psicología, Facultad de Ciencias del Hombre y la Naturaleza. Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", San Salvador, El Salvador.
- Halbwachs, M. (1992). *On Collective Memory*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Lazarus, R. y Folkman, S. (1984). *Stress, Appraisal and Coping*. New York: Springer Publishing Company.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: LOM ediciones.
- Lira, E. (1996). "El legado de las violaciones a los derechos humanos y a la transición política". En E. Lira y I. Piper (eds.). Santiago de Chile: ILAS.
- Lira, E. & Castillo, M. I. (1991). *Psicología de la amenaza política y el miedo*. ILAS & CESOC (Eds.). Santiago de Chile: Ediciones Chile América.
- Martín-Baró, I. (1988). *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (1988). "Guerra y salud mental". *Estudios Centroamericanos*, 429-430, 503-504.
- Martín-Baró, I. (1986). "Socialización política: dos temas críticos". *Boletín de Psicología*, V, 19, 5-20.
- Manzi, J.; Haye, A.; Castillo, J. (1998). "Construcción de la memoria del golpe de Estado de 1973 en niños y jóvenes chilenos". *Revista de Psicología Social y Personalidad*, XIV, 1, 73-93.
- Mazzara, B. y Leone, G. (2001). "Collective Memory and Intergroup Relations". [Ver-

- sión electrónica] *Revista de Psicología Social*, 16, 3, 349-367.
- Orellana, C.; Sánchez, R.; Santacruz, M. (1999). "Discurso oficial y reparación social". Trabajo de graduación para optar al grado de Licenciatura en Psicología, Facultad de Ciencias del Hombre y la Naturaleza. Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", San Salvador, El Salvador.
- Pennebaker, J. (1993). "Creación y mantenimiento de las memorias colectivas". *Revista de Psicología Política*, 6, 35-52.
- Pennebaker, J. W.; Banasik, B. L. (1997). "On the Creation and Maintenance of Collective Memories: History and Social Psychology". En J. W. Pennebaker, D. Páez y B. Rimé (eds.), *Collective Memory of Political Events*. Mahwah, N. J: Erlbaum.
- Rosa, A. (2001). "Memoria colectiva, historia y futuro". *Psyche*, 10, 19-33.
- Ribera, R. (2003). "De la guerra a la paz. Análisis dialéctico del proceso histórico salvadoreño". *Realidad*, 95, 667-701. San Salvador.
- Sears, D.; Levy, S. (2003). "Childhood and Adult Political Development". En D. Sears, L. Huddy y R. Jervis (eds.), *Oxford Handbook of Political Psychology*. New York: Oxford University Press.
- Wertsch, J. (1985). *Vygotsky y la formación social de la mente*. Ediciones Paidós, Barcelona. Traducción Javier Zanón y Monserat Cortés.